



BEAUVOIS, Xavier, *De hombres y de dioses*. Francia, 2010.

En el año de 1996 secuestraron y mataron a siete monjes (el octavo sobrevive) trapenses que vivían desde 1993 en el monasterio de Tibhirine, al norte de África. Según parece, un grupo extremista islámico, cuya prerrogativa era expulsar de Algeria a todos los que no profesaban la fe en Alá, perpetró tal felonía. Esto, como es lógico, generó un revuelo mundial, sobre todo entre las comunidades religiosas y en Francia, de donde eran todos ellos.

De dioses y de hombres, escrita por Etienne Comar y dirigida por Xavier Beauvois, se basa precisamente en esta tragedia. Explora los últimos meses de vida de esta pequeña comunidad cristiana de monjes en tierra musulmana. Más que tener pretensiones documentales, la película busca presentar cómo estos violentos hechos fueron vividos por ocho hombres creyentes, los cuales habían echado hondas raíces en la comunidad islámica donde vivían. Cabe decir que por su calidad técnica y la grandeza del guión, esta película obtuvo, entre otros premios, el del Gran Jurado de Cannes.

La película abre presentándonos la armonía en la que viven los ocho monjes del monasterio con el resto de la comunidad musulmana. Dicha armonía se ve trastocada cuando los religiosos son informados del asesinato de un grupo de trabajadores extranjeros a mano de terroristas xenófobos en un lugar muy cercano a donde ellos viven. El gobierno de Algeria —violento y corrupto— les ofrece, primero, protección militar, cosa que rechazan, y después, los insta a que abandonen el monasterio y vuelvan a su lugar de origen, porque sin

duda el próximo blanco serían ellos. El prior del monasterio, el padre Christian (Lambert Wilson), decide que permanecerán, pues no han de obedecer a la amenaza de las armas. Sin embargo, los otros siete religiosos que viven con él no están seguros de querer arriesgar sus vidas, de convertirse en mártires. Aquí comienza la tensión dramática de la historia. Cada uno de los integrantes del monasterio debe decidir qué es lo quiere hacer, ponderando las consecuencias políticas, humanas y éticas de su decisión. Este itinerario interno para tomar la decisión no es uno que tomen de manera aislada; durante el proceso para madurar la opción que cada uno tomará, los vemos inmersos en la espiritualidad religiosa: rezando, conviviendo, sirviéndose mutuamente y sirviendo a la comunidad, como siempre lo habían hecho. Uno de los puntos más álgidos de la historia es cuando llegan los terroristas al monasterio a exigir que les den medicinas y el padre prior se niega y les recrimina que hayan venido a intimidarlos con armas en una fecha tan importante para ellos como es el 25 de diciembre, fecha del nacimiento del “príncipe de la paz”, título con el que el superior presenta al niño Jesús.

En palabras del guionista de la película, *De hombres y de dioses* habla sobre la esperanza y la fuerza del mensaje de *paz* y *caridad* que los monjes de Tibhirine predicaron con sus propias vidas, al punto de perderlas. Habla, asimismo, de la posibilidad de la convivencia entre el Cristianismo y el Islam, basada en las raíces espirituales y fraternas comunes a ambos credos. La paz sólo se puede generar donde se renun-

cia al poder. Como deja entrever uno de los personajes en su carta de despedida: la violencia que reina en Algeria (y la frase vale también para el resto del mundo) se debe a que quienes tienen el poder lo quieren conservar y los que no lo tienen lo quieren cuestionar, medir y, por último, arrebatar.

Tradicionalmente, la convivencia entre distintos modos de creer ha generado brutales enfrentamientos. La pasión religiosa radicaliza las posturas ideológicas y esto conculca la posibilidad de coexistencia. El hermano Luc, hombre viejo y sencillo que se dedica a dar consultas a la gente pobre del pueblo, lo dice en una carta citando palabras de Pascal: "El hombre nunca hace el mal tan plenamente y tan lleno de alegría que cuando lo hace siguiendo sus convicciones religiosas". ¿Qué puede significar una frase así en boca de un "religioso"? Parece una paradoja. Creo que precisamente la respuesta a esa pregunta es el núcleo central de la película.

Nunca se dice en la película qué se entiende por religión. En cambio, sí podemos observar qué modo de vida llevan los monjes y cómo ésta les permite vivir sin ningún tipo de tensión con la comunidad musulmana en la cual se encuentran insertos. En este orden de ideas, el estilo de vida asumido por estos trapenses es a-religioso, en una acepción que trataremos de explicar brevemente.

El sentido de la frase de Pascal citada por el hermano Luc parece indicar que religión, al menos en este sentido, significa por un lado, dogmatismo, o sea, la actitud de aquel que piensa que su forma de concebir a Dios es la única verdadera, y por el otro, intransigencia: si lo que dice mi religión sobre Dios es lo único que puede ser dicho, entonces cualquier otra postura es falsa. Este par de actitudes, si bien se dan en casi todas las creencias (y en algunos sectores del Cristianismo y del Islam de forma preocupante), no resultan esenciales a ella.

Hace algunos años, el teólogo católico, Hans Küng, y el filósofo protestante, Paul Ricoeur, tuvieron un diálogo muy interesante con motivo de la conocida propuesta del primero para la elaboración de una ética mundial. Ricoeur critica la propuesta de Küng porque considera que una ética basada en los mínimos, es decir, en los pocos principios éticos que todas las culturas y

religiones tienen en común, es muy endeble. ¿Por qué? Porque las creencias aisladas de su fundamento profundo (ése que en cada credo es distinto) se convierten en un mero catálogo de buenas intenciones, sin una auténtica fuerza vinculante. El filósofo francés propone, en cambio, una ética que no renuncie a los fundamentos sino que *profundice en ellos y los haga su núcleo esencial*. El ejemplo que invoca puede ayudar a comprender esto mejor: para el cristiano la ética tiene poco o nulo sentido si se priva de ella la figura de Cristo. Lo mismo se podría decir del judaísmo, respecto de Yahvé o del Islam respecto de Alá. Ahora bien, la condición de posibilidad para que esto pueda ocurrir es la profundización en el propio fundamento de las creencias, es decir, una meditación profunda sobre el ser de Dios. Según Ricoeur, las grandes religiones del mundo tienen una intuición común fundamental sobre la divinidad: que es un misterio. Precisamente la frivolidad con la que la gente vive sus creencias, su fe, los convierte en *creyentes religiosos*, en el sentido de dogmáticos e intransigentes, pues si comprendieran que Dios es esencialmente misterio, se darían cuenta de que no existe algo así como una verdad última sobre Él y que, por tanto, el diálogo siempre enriquece a todos los credos; aún más: es del todo necesario.

A mi modo de ver, la propuesta de Ricoeur, que apenas es esbozada en la discusión a la que me refiero, es llevada a cabo en la película tanto por los monjes como por la comunidad musulmana. Y no sólo eso: ésta ética de máximos, además de ser una respuesta a la convivencia entre distintos modos de creer, también es una auténtica forma de pensar el multiculturalismo. Quien profundiza sobre los fundamentos de la cultura a la que pertenece, es capaz de caer en la cuenta de que el hombre mismo es un misterio y, como consecuencia, capaz de abrirse con sinceridad al (re)conocimiento de las demás. Lo que Gadamer llamó fusión de horizontes, y que Charles Taylor, en el terreno político, llama política del reconocimiento.

La grandeza de esta película consiste en mostrar cómo es posible la convivencia de dos religiones que históricamente han estado enfrentadas: desde la asimilación de lo *otro* como igual de importante que lo *mío*; como el reconocimiento de las creen-

cias ajenas como complementarias de las mías. Y dando un paso más: aceptando que mi identidad religiosa únicamente se puede delinear del todo a partir del reconocimiento de los otros (creyentes de distinta fe). Esta actitud, que en el filme de Beauvois es presentada en un contexto religioso, es la única capaz de conjurar la —llamada por Bobbio— “ideología europea”, o sea, una tendencia eurocéntrica, aún existente en muchas legislaciones nacionales, que consiste en promover el respeto por “lo otro” siempre y cuando sea como “yo” o termine —después de “educarlo”— siendo como “yo”. Así las cosas, no hay pues un reconocimiento, sino una (tensa) “tolerancia” con fecha de caducidad para todos aquellos que tienen valores distintos a los occidentales. Y esto ocurre sobre todo con los inmigrantes de credo musulmán, que ya representan un número considerable, y cada día en aumento, de la población europea. Recordemos el vergonzoso caso de los velos de las mujeres islámicas (*burka*) en Francia: por una visión unilateral de su significado, por una generalización de lo que representa *para Occidente*, el gobierno decidió prohibir su exhibición pública.

En un momento de gran carga dramática, cuando los terroristas llegan por vez primera al monasterio para pedir que les den medicinas para sus heridos y los monjes se niegan, el padre Christian entabla una conversación con el líder del grupo, donde cita una parte del Corán que habla de los cristianos como *hombres de paz*. El sensato prior no intenta dialogar con el fundamentalista echando mano de su propio lenguaje religioso, sino que *desde el lenguaje religioso del otro, del musulmán (el Corán), intenta darse a conocer. Reconociendo el valor de lo ajeno, busca presentarse. Esto es justamente la fusión de horizontes.*

Esta comprensión de lo otro desde sus propias categorías permite que los monjes comprendan a fondo algo que la gran mayoría de los occidentales desconoce o no

quiere reconocer a cabalidad: que el Islam es una fe pacífica, comprensiva y de una gran sabiduría, a pesar de que algunas de sus interpretaciones —y por cierto, no las más multitudinarias— sean violentas. En ningún momento de la película el padre Christian cae en la tentación de generalizar y hablar del islam como una religión violenta, pese a que conoce en carne propia la violencia en su nombre. En su cartatextamento (que es real) sostiene con toda claridad que lo que tocará vivir no es la auténtica creencia musulmana, la cual había estudiado y vivido comunitariamente, sino su caricatura. Con todo, considera al líder terrorista —que muere antes de que secuestren a los monjes— su amigo de último minuto, que no sabía lo que hacía.

¿Qué lograron los monjes al quedarse en su convento pese a todas las advertencias y peligros? Dar un testimonio de que la amenaza, el miedo y la violencia no son —ni pueden ser— la última palabra en las comunidades; la solidaridad y el amor son más fuertes todavía. Cuando en otro momento de la película un monje le dice a uno de los líderes religiosos musulmanes del pueblo que están pensando en irse del monasterio y regresar a su tierra natal porque se sienten como pájaros en un rama que se está venciendo, uno de los presentes lo corrige y le dice: “te equivocas, la rama son ustedes y el resto del pueblo somos los pájaros”. Mientras ellos no titubeen, ningún mal, por perverso que parezca, tendrá la última palabra. Ellos son la memoria de lo más valioso que la humanidad tiene: la esperanza en un mejor mañana, uno donde reine la paz.

Si no se renuncia a la imposición cultural a través del poder (económico, ideológico y político), parece que lo único que se puede esperar es la temible lucha de civilizaciones.

ALONSO RODRÍGUEZ MORENO
Centro Nacional de Derechos
Humanos de la CNDH